

UNIVERSIDAD DEL NARVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTERREY, N.M.

El arte popular mexicano se distingue por su individualidad, riqueza de formas y colorido. Como parte de la tradición cultural de un pueblo, pasa de padres a hijos, del maestro al aprendiz. Con técnicas y herramientas muy primitivas y sencillas, a lo cual se debe, algunas veces, la ingenuidad en las formas, colores e intención de sus productos, el artesano mantiene la tradición de su industria, a la que va modificando al imprimirle el sello de su propia personalidad.

Las raíces de la tradición son hondas y están henchidas de experiencia humana. Nacieron con las viejas culturas indígenas y se fortalecieron al amparo de la magia, la religión, las ofrendas, los tianguís (mercados) y las fiestas. Europa también las enriqueció con sus técnicas, formas y tradiciones. La nao de China conectó a México con una fina rama del arte popular asiático, que el artífice autóctono pronto fundió dentro de sus viejas tradiciones artesanas.

El arte popular mexicano está ligado a diversos usos: el doméstico, el religioso, el ornamental y el recreativo. Aparece con características, formas tradicionales, colorido y textura propias de cada uso. Su variedad se acrecienta por ser regional; cada pueblo, municipio o región produce según su estilo, siendo éste tan singular, que difiere marcadamente del que se produce en la región vecina más cercana.

El arte popular es dinámico. Cambia por muchos motivos, algunos aparentemente inexplicables, otros desconocidos. A veces regresa a sus fuentes antiguas y en otras ocasiones aprovecha nuevas técnicas o materiales. Puede en un momento determinado, aparecer más moderno, o más europeo y, en otro, más indígena y regional. Sin embargo, cualesquiera que sean sus cambios, conserva siempre una personalidad que lo distingue indudablemente. En esta época, de profunda industrialización, sigue siendo la fuente de la tradición estética familiar que alimenta e inspira al arte contemporáneo.

El arte popular mexicano conserva sus cualidades básicas: es el producto que forja la mano experta y sensible del pueblo; es el arte que no reconoce barreras académicas porque responde a las necesidades estéticas propias de la cultura en que se desarrolla; es el producto de la manifestación artística del mayor número de individuos que practican y viven la misma cultura.

El atractivo momentáneo de los materiales modernos con los que se fabrican utensilios para el hogar, juguetes y adornos; su durabilidad y bajo costo, hacen que el mercado del arte popular haya sufrido considerablemente en los últimos años. Por otra parte, el crecimiento del turismo nacional y extranjero ha aumenta-

do la demanda de ciertos artículos, obligando al artesano a supeditar sus estilos y creaciones a las exigencias de los comerciantes, en detrimento de la calidad y belleza de la producción.

En la actualidad México es uno de los centros productores de arte popular más grandes del mundo, especialmente por estar cerrados al mercado mundial los de Asia. Si se desea salvar el arte popular mexicano es necesario hacerlo volver a sus cauces tradicionales de alta calidad material y estética. Esta tarea requiere un conocimiento profundo y extenso que aun está por realizarse. La protección de las industrias que están por desaparecer o han degenerado por la comercialización exagerada, requieren inmediata atención; finalmente, se necesita educar al público, mexicano y extranjero, el que siempre sabrá responder favorablemente a la buena calidad de los objetos que compre.

En esta obra tan complicada y difícil están empeñados el Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Instituto Nacional Indigenista y el Museo Nacional de Antropología, quienes han colaborado con la Universidad de Nuevo León para organizar esta exposición de arte popular mexicano.

ALFARERIA

La alfarería ha tenido dos ricas fuentes de tradición: la indígena y la europea. Los antiguos alfareros indígenas desarrollaron notablemente sus formas y técnicas. La tradición europea introdujo el vidriado, el torno del alfarero y algunas formas como el tazón, el plato plano y el jarrón.

No sería exagerado decir que en la actualidad más de 500 pueblos de México son alfareros. La cerámica de arcilla, sencilla o decorada, para usos domésticos tiene una producción insospechada, que debe ascender a cientos de miles de piezas anualmente.

La cerámica, en general, conserva mucho de sus formas y técnicas originales. La más puramente indígena se encuentra en los Altos de Chiapas, Ixtaltepec en el Istmo; Coyotepec, Atzompa y la Mixteca de Oaxaca; Tolimán en Guerrero Acatlán en Puebla, Atlihuahayan en Morelos, Patamba y Tzintzuntzan en Michoacán y la Huasteca Potosina.

Toda esta cerámica se fabrica en molde o dándole vuelta a la pasta de arcilla sobre un cajete, que gira sobre una piedra lisa. La cerámica se deja secar, se bruñe con una piedrecilla lisa, se pinta y se quema al fuego. La decoración y el fondo se hace con colores lisos: blanco o negro sobre rojo, o café oscuro sobre crema. Los motivos decorativos se dan a base de pinceladas libres para hacer flores, animales, plantas y motivos geométricos. Hay cántaros de gran bruñido rojo con animales y plantas blanco y negro de Patamba; cajetes crema con flores café de Tolimán; cántaros de negro bruñido con fina decoración grabada y *apaxtles* de Coyotepec, Oaxaca.

No menos bella y útil es la alfarería vidriada que en molde, modelado a mano o en torno de alfarero se fabrica en muchos otros sitios de México. La técnica y formas de Atzompa, Oaxaca, son indígenas; el vidriado verde es influencia extranjera antigua. La cerámica negra y café-negro de Puebla recuerda ligeramente la porcelana con ramos de flores del siglo pasado; la de vidriado verde de Patamba, con pájaros, animales y dibujos de líneas tiene formas indígenas, pero hace pensar en alguna influencia asiática. Los antiguos jarros y platos de Santa Fe y Quiroga tenían un decorado idéntico al de las bateas de esa región lacustre. Son singulares la talavera de Puebla, y las cerámicas vidriadas de Guanajuato, Sayula y Aguascalientes. Son las cerámicas menos indígenas, pero más mexicanas, a pesar de su origen asiático y europeo.

Tlaquepaque es único, grandioso a pesar de su decadencia, y de la fealdad que le imponen comerciantes y turistas mexicanos y extranjeros por igual. Sus extraordinarias arcillas y la tradición artesana prehispánica pesan considerablemente y, por fortuna, han podido salvar algo de su vieja grandeza.

Las más finas y olorosas pastas, tan delicadas como la porcelana, las formas y los decorados policromos hicieron justamente famosa esta alfarería en todas partes de México y fuera de su territorio. El alfarero conserva su ingenio y destreza manual, como pueden verse en las delicadas esculturas y pinceladas de su dibujo, en las formas antiguas de graciosa armonía de conjunto de líneas, en el colorido, en fin, en el toque sorprendente que le da la mano experta que heredó siglos de notable artesanía. Solo le falta un impulso salvador que le encauce a sus viejas tradiciones.

CESTERIA

La cestería y tejido de palma, aunque muy antiguos en la cultura precolombina han perdido su tradición y técnicas. Conocemos algunos fragmentos de cestos arqueológicos que dan idea de la belleza de esta industria. En la actualidad la cestería de mayor fama es la de la Lerma, Estado de México. Parece que se trata de un estilo recientemente introducido en un sitio tradicional de tejido de tule.

La mixteca de Oaxaca y Puebla es la que más produce objetos de palma, aunque la industria está dedicada a la fabricación del sombrero y ha descuidado otras piezas, como cestos, petates, canastas y juguetes. En la región de S. Juan del Río hasta Querétaro se hace cestería de vara de sauce, estilo europeo, al igual que en Taxquillo, Hidalgo. El carrizo y el tule son los materiales para la cestería de Michoacán, que se dedican preferentemente a los petates y *chiquihuites*.

La producción de otros sitios sirve para el consumo local, pero no es de manufactura extraordinaria. Se hace de preferencia la canasta para el hogar y los canastos para empaque y otros usos domésticos y comerciales.

HOJALATERIA

La prohibición española para labrar la plata en la Nueva España es, entre otras causas, motivos para que se haya dado impulso muy especial a la hojalatería, que ha venido desapareciendo por la fabricación de objetos domésticos más durables y baratos.

El artesano mexicano imitó en hojalata la platería europea, creando con ello un estilo local muy singular. A eso se debe el marco para el retablo y el espejo, el candil de brazos, el candelero de mesa, y otros tantos objetos que casi han desaparecido.

La demanda actual ha hecho renacer la hojalatería, desgraciadamente sin conservar mucho la tradición de las viejas formas y decorados. Se hace imitación de "hojalatería colonial", especialmente en los tipos de *farol*.

Quedan algunos buenos artesanos en Oaxaca, Puebla y Guadalajara. Últimamente en Taxco, Cuernavaca y Ciudad de México se están haciendo piezas de buena calidad y gusto, interpretando las formas antiguas, o creando nuevos estilos bien adaptados y con gran sensibilidad artística.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1975 - CESTERIA, 677

MAQUEO O LACA

El maqueo, vulgarmente llamado laqueado, es una industria precolombina. Los lugares que más renombre han tenido por su trabajo en madera pintada por este procedimiento son Uruapan, Pátzcuaro, Periban y Quiroga en el Estado de Michoacán y Olinalá en Guerrero. Como se conocen ejemplares arqueológicos de Sinaloa y referencias de su fabricación y uso en otras partes de México se puede deducir que la industria fué muy común y extensa.

Se usaban la cáscara seca de cucurbitáceas u otras plantas con corteza dura. También se empleaba la madera suave no resinosa. Para impermeabiliza se usaban aceites o resinas vegetales con colores en polvo, que al ser absorbidos formaban capas. Estas se recortaban según el dibujo, rellenando el hueco con nuevos colores, hasta completar la decoración.

En Uruapan, Periban y Quiroga predominó la decoración de flores, mientras que en Pátzcuaro se usó el oro con motivos europeos, medallones, escenas con personajes y hombres. La industria en Periban ha desaparecido; en Uruapan y Quiroga ha degenerado por el mal gusto de quienes han pretendido industrializarla o "mejorarla"; sólo en Pátzcuaro, gracias a los esfuerzos del Instituto Nacional de Antropología e Historia y a la paciente y laboriosa enseñanza de Salvador Solchaga se ha logrado revivir y conservar el estilo local auténtico.

El maqueo de Olinalá de los siglos XVII y XVIII se caracteriza por cierta influencia china, derivada de la decoración de la porcelana traída por la nao de Filipinas, y que abundaba por entonces en Guerrero y en la costa occidental de México. Los motivos se hacían en el rojo chino o carmín intenso. Había superposición de capas y adornos. Se usaban figuras como el árbol de la vida, con dos pájaros afrontados y follajes fantásticos con aves encima, flores y frutos estilizados con inconfundible sabor asiático, todo lo cual fué paulatinamente adoptándose más al modo indígena.

Contribuía también a la belleza el herraje, las bisagras, flejes y chapas de hierro primorosamente forjados. Posteriormente, en el siglo XIX, desaparecieron estos aspectos, pero en cambio las lacas, sobre todo las cajas para regalo, ganaron en amplitud pictórica y temas de escenas costumbristas, paisajes, perspectivas arquitectónicas ingenuas y animales muy elaborados, de realismo convencional, conservando cada uno su propia individualidad, dentro de la armonía general y equilibrio de la composición y combinación de colores más difíciles. A diferencia de las de Michoacán las figuras se recortan y se rayan sobre variados fondos de gran efectismo ornamental.

LA JUGUETERIA

Uno de los aspectos más pintorescos y llamativos del arte popular mexicano es el de la juguetería. A primera vista el juguete parece mal concebido y mal acabado, o sorprende por un refinado y minucioso detallismo.

Esta aparente contradicción se explica si se recuerdan sus viejas tradiciones. El antiguo alfarero y el lapidario indígenas empleaban unas cuantas líneas o planos para ejecutar la forma de un objeto cuando se deseaba concentrar la atención en el conjunto. Dedicaba todo su ingenio en detallar a la perfección cuando la idea así lo requería.

Estos dos estilos se usaban paralelamente, como puede observarse en el arte precolombino, especialmente en el horizonte arcaico, que corresponde a un período muy antiguo de la época precortesiana.

Cuando el alfarero moderno desea concentrar la atención en el efecto que produce el conjunto, esquematiza las partes esenciales con sencillez, como es el caso de los candelabros de barro de Izucar de Matamoros, Puebla. En cambio se preocupa por mostrar los detalles más insignificantes de la indumentaria del charro o de los tipos singulares del pueblo, o de las caricaturas y retratos de personajes célebres, como lo hace magistralmente el alfarero de Tlaquepaque, que se empeña en hacer escultura realista y detallada, especialmente si las dimensiones de ésta son muy reducidas.

En otros casos, como en el tejido de palma, las figuras humanas y de animales tienen que ser muy esquemáticas por las limitaciones que impone la materia prima. Sin embargo, el tejedor escoge alguna característica que singulariza a la figura y usa dos o tres detalles para dar personalidad a la pieza. Las sonajas en forma de gallitos, las mulitas de Corpus y las figuras humanas de Lerma y de Puebla son extraordinarias por la sencillez y por los detalles que hacen resaltar las características más singulares de cada figura.

Las dimensiones del juguete mexicano, y en general de la plástica popular, merecen atención especial. El arte popular mexicano es el arte de la miniatura. Esta dimensión no la impone la escasez de materiales, ni otras razones de orden práctico, técnico o económico. El artesano pone en juego todo su ingenio y hace alarde de destreza manual sin consideración de tiempo, salario o precio del objeto.

Para el artífice mexicano es motivo de hondo regocijo hacer miniaturas, sean pulgas vestidas, canastas milimétricas de cerda, gentecita y animalitos de barro, de vidrio soplado, de hueso, concha o palma, soldaditos de plomo, mueblecitos, cajitas, titeritos, y cuanto su imaginación observa en la naturaleza o en el ambiente cultural que lo rodea.

Los centros más antiguos y famosos de fabricación del juguete son Tlaquepaque en Jalisco, Amozoc en Puebla, Metepec en el Estado de México, Huatusco en Veracruz, y en las ciudades como Guadalajara, Morelia, Toluca, Ciudad de México, Puebla y Oaxaca.

Acatlán, Puebla, fué un centro alfarero prehispánico de gran importancia. Parece que su estilo se extendió por todo el Valle de Puebla y llegó hasta cerca de los volcanes. En la actualidad existe un estilo de figuras y piezas, pintadas con colores fuertes, que se extiende desde Acatlán y Matamoros, pasa a Atlihuayán, Morelos y llega hasta Metepec, Edo. de México.

Los silbatos y campanas de Coyotepec son de justa fama, aunque han tenido más éxito las sirenas, que son una nueva forma que tuvo su origen en uno de los puestos de loza del mercado de Oaxaca.

Los platitos, jarritos, muñequitos y figuras de vidriado verde de Atzompa son singulares por su forma. Actualmente se fabrican orquestas, sirenas a caballo, charros, mulitas con carga, y otras formas cuyos moldes han salido del mercado de la ciudad de Oaxaca.

Amozoc tiene una producción muy fuerte de animalitos y alcancías. El estilo es realista. Pocas veces se sale de esta norma. Allí también se fabrican los juguetes grandes para las ferias: gatos, perros, "Cantinflas", charros, gallos, etc., hechos en molde y de un repugnante feísmo.

Tlaquepaque supera en finura de detalle y acabado. La figura es realista y llena de minuciosidad, como el charro, el carbonero, la aguadora, el cargador, el arriero, etc. Los animalitos para las posadas y el nacimiento que se venden en todas partes de México son producidos en Tlaquepaque.

Puebla fabrica juguetes de hojalata, de plomo, de arcilla, de madera y de mármol. Los titeres, las muñequitas y los mueblecitos que se venden en los portales son la obra de muchas familias pobres de la ciudad.

El día de Corpus era el día de la feria del juguete popular. De la gran va-

riedad que se hacía solo quedan la mulita en la ciudad de México, los juguetitos de vidrio, y algunos carretones de madera mal hechos y mal pintados.

TEXTILES E INDUMENTARIA

La indumentaria indígena era muy variada. Se hacía de algodón, fibra de maguey, piel, plumas y pelo de animal. La del hombre consistía en *maxtlatl* y *tilma* (pañó de caderas y manto) y la de la mujer en *huipil* y *quechquemil* (blusón largo y capita cerrada) completadas con los tocados respectivos, sandalias y adornos corporales. Aunque se conserva poco, persisten algunas formas y técnicas de fabricación. La influencia extranjera introdujo nuevos estilos y materiales, como la seda, la chaquirá, lana y lentejuela. La ornamentación es muy rica, de viva policromía, en la que figuran motivos bordados, estampados, tejidos o aplicados, naturales o convencionales de animales, plantas y dibujos geométricos.

Entre los estilos que más destacan se pueden mencionar el de la Sierra de Puebla, el de los chamulas de Chiapas, huicholes del Occidente, otomíes del Estado de México, chinantecos, yalaltecos y mixtecos de Oaxaca.

El algodón aborígen, hilado en malacate de barro y tejido en telar de cintura, ha sido sustituido en muchos lugares por la *manta de fábrica*, y los colores vegetales, animales y minerales, por anilinas baratas de importación.

Las *tilmas* de San Miguel Ameyalco hiladas con fina fibra de maguey y tejidas a colores, con dibujos de animales, han sido sustituidas por hilo de hilaza de algodón, hecho en fábrica, que se teje con hilos de estambre de mala calidad, copiando dibujos de *patrones importados*. Las blúsas de Ixtenco conservan las formas de la camisa europea antigua, con los dibujos de flores y plantas. El costo de materiales de calidad y el tiempo que se necesita para la fabricación familiar han obligado al indígena a sustituir sus antiguas telas por las de manufactura industrial barata.

El sarape es una prenda europea de uso indígena. Le sirve como abrigo, cama y mortaja. Es una mezcla de la antigua *tilma* y de la manta europea. Se fabrica de lana, algodón o borra. Se le teje por lo regular en telares europeos de tipo antiguo.

Tuvieron fama los sarapes de Oaxaca, Tlaxcala, Texcoco y Michoacán. En el Norte el sarape de Saltillo, ahora sumamente degenerado, era una prenda elegante. De alta calidad y surtido estético eran también los de la Tarahumara y Sonora. En Chiapas se usa lana muy áspera para tejer los pequeños sarapes de los chamulas, que tienen una abertura en el centro para usarse en forma de camisa abierta.

En la Sierra Sur de Oaxaca se usa la lana de color natural (café y negra) para tejer finas piezas con motivos geométricos simples. En el Valle de Oaxaca ya casi desapareció el negro con centro rojo y decoración de venados o flores. De Tlaxiaco se ven los sarapes peludos con grandes rosas o flores policromas copiadas de *patrones*. Michoacán, especialmente la región lacustre de Pátzcuaro, conserva los colores rojo y negro tradicionales. Tlaxcala, Puebla y Toluca, aunque muy cambiados los estilos, usan buenas lanas y siguen combinando el azul, negro, blanco y café en sus decoraciones.

La mujer indígena usa el rebozo, de origen español. Parece ser una mezcla de diversas influencias: del velo árabe y del *sarong* de la india. Es una tela de algodón teñida con el procedimiento llamado *ikat*, que consiste en hacer miles de nudos en las madejas del hilo extendido para impedir que se tiña uniformemente todo el hilo. Al pasar por el teñido el color penetra solamente en las superficies no anudadas.

En los siglos XVII y XVIII ya se fabricaban rebozos de seda, con leyendas y otros motivos tejidos en hilos de oro y plata. Los de mejor calidad provienen de Santa María, Tenancingo, Michoacán, Puebla y Oaxaca, que también son los lugares de mayor producción. El rebozo más corriente es de hilo de algodón industrial, teñido en azul, café o negro, con grandes flecos. Las últimas corrientes de la moda urbana han introducido el uso del rebozo de artesela de muchos colores, como prenda de lujo. Afortunadamente esta moda ha servido para dar vitalidad a la industria rebocera, sin dañar la calidad y la decoración del rebozo corriente que es una bella prenda.

El arte popular se manifiesta, en fin, en otros materiales muy diversos. Las canastitas y placas decoradas hechas de chicle, procedentes de Campeche; las escultritas y todo el tallado de hueso en miniatura, los judas, máscaras, y muñecos de cartón; las conchas de armadillo labradas y pintadas, usadas para la danza de los concheros; los cuernos de cacería de Zacatecas, labrados y decorados; los cocos de Veracruz, los bules de Colima; el carey del Sureste, la concha labrada de Veracruz; el papel calado para *frontales* y banderillas; las cajas de *tejamanil* pintado, para dulces; los muebles y la madera torneada y pintada de Paracho, Michoacán; los títeres de Puebla; el cobre, especialmente vasijas de Santa Clara del Cobre, Michoacán, y tantas otras industrias que se conocen solo localmente y de las cuales no se han hecho estudios ni colecciones adecuadas.

No menos importante es la industria del dulce. Los *mazapanes* o dulces de almendra de Jalapa, Puebla y Morelia; las figuras de azúcar de Toluca, Puebla, Morelia, Querétaro, Guanajuato y Ciudad de México, que se usan para las ofrendas del *día de muertos*; los camotes labrados de Puebla; las cajitas decoradas de Pátzcuaro, las figuras de *charamusca* de Puebla y Morelia, y toda la riqueza de forma y color que tanto ha llamado la atención del visitante extranjero.

Debe mencionarse aquí el *pan de muertos*, especialmente el de Guerrero, el Istmo, Oaxaca y Michoacán, por las formas y colorido. El pan representa la figura del *ánima* o de ángeles y animalitos. Se hacen canastas, panes con dibujo o pastillaje, galletas o simples panes triangulares o redondos.

La máscara ha tenido un papel importante en el arte popular. Tiene su fuerte tradición indígena que se manifiesta sobre todo en las representaciones de animales: el tigre, el coyote, el venado; pero también se presta para hacer interpretaciones grotescas. Las máscaras de madera de Michoacán, las de Guerrero y las de Guanajuato son famosas por su ejecución y acabado. Las de cartón de Oaxaca, Puebla, México y Querétaro se destacan por la delicadeza de forma y el colorido. Las hay para usos rituales, especialmente para danzas semipaganas; otras sirven para el carnaval y como juguete. La máscara para la danza de los *viejitos* se hacía antiguamente de madera o de barro. En la actualidad se usan las de cartón.

El vidrio, que casi nunca ha figurado entre los productos del arte popular, tiene, a nuestro entender, un papel muy singular y destacado. Es una industria introducida por los españoles, cuyas antiguas técnicas se practican a la par con las modificaciones hechas por la escuela francesa del siglo pasado.

Aunque se han perdido muchas de las formas originales, los hermanos Avalos, han conservado la tradición mexicana intacta, a pesar de la fuerte competencia del vidrio seudomexicano y del extranjero. Entre las formas antiguas se destacan los vasos pulqueros de diversas medidas, y el garrafón para pulque; las botellas de varias formas y tamaños; los vitrioleros, las esferas de colores y otras piezas de gran utilidad doméstica y de gran belleza artística. Se usaban de preferencia el vidrio verde-botella y el de color *aguamarina*. Los otros colores, especialmente el azul, son de reciente uso en la vidriera tradicional.

Los hermanos Avalos de México y Guadalajara recogieron y conservaron la